

Traducción literaria

según un escritor español del siglo XVI:

Gonzalo Jiménez de Quesada,

descubridor del Nuevo Reino de Granada

Escribe: FERNANDO CARO MOLINA

El *Prólogo* de *El antijovio* de Gonzalo Jiménez de Quesada (1) ofrece a los lectores un interés especial, cual es el de expresar, en estilo propio y enérgico los pensamientos de uno de los hombres más cultos de la nación más importante de la época de la conquista y colonización del Nuevo Reino de Granada. Los pensamientos que vierte el autor en este prólogo se refieren a muchos y muy variados temas, que procuraré tratar en este estudio en el orden debido. Así pues, el conjunto del citado *Prólogo* puede dar una idea si no completa, por lo menos muy aproximada de la grandeza de ánimo y de la amplitud de los conocimientos del iniciador de las letras colombianas. Además, cabe observar que las grandes cualidades de este escritor se vuelven a encontrar tras tantas generaciones en nuestros grandes maestros de las letras y de las armas, con tal similitud, que parece que lo hubieran tomado todos por modelo. Quizá esto provenga de la tradición oral que transmitiendo de unas generaciones a otras los recuerdos de las obras y palabras del ilustre conquistador de Bogotá, ha venido estampando en ellas, al calor de la admiración, el sello de sus mejores pensamientos y acciones (2). El *Prólogo* que estudio contiene el germen de los grandes caracteres que han dado brillo a nuestros escritores, y por ello quizá no sea aventurado afirmar que sin estudiar a Jiménez de Quesada en este prólogo y en toda su obra, no se pueden conocer a fondo nuestras gentes bogotanas.

El *Prólogo* de *El Antijovio* se inicia con la aseveración de que temas tratados por hombres cultos e ilustrados en la lengua de la cultura universal (el latín) no perjudican a nadie, por cuanto los lectores educados saben separar la verdad del error y lo bueno de lo malo (3). En esta clase de lectores, se incluye con justicia y sin jactancia el mismo, que había leído hacía varios años la historia de Paulo Jovio “en su original y latina lengua” (4).

Jiménez de Quesada, pues, de acuerdo con las palabras que acabo de citar, había leído el original latino de la *Historia general* de Paulo Jovio, obispo de Nochera. Se puede presumir que la había visto y tal vez leído muy de prisa en Europa, y que probablemente a su regreso de España al Nuevo Reino de Granada la trajo consigo. Ya aquí la leyó con detenimiento y atención. La primera edición latina de la historia de Paulo Jovio fue editada en Florencia en los años de 1550-1552 (5) y Jiménez de Quesada regresó al Nuevo Reino de Granada en diciembre del año de 1550 (6), y hasta ahora no se conocen documentos que prueben que después de 1550 hubiera vuelto el fundador de Bogotá a viajar a España o a Europa, y que durante esos viajes la hubiera leído. Lo que sí se puede afirmar por los documentos hasta hoy aparecidos es que Jiménez de Quesada, después de regresar al Nuevo Reino en 1550, no volvió a viajar y permaneció en el territorio por él conquistado hasta la fecha de su muerte (7).

Ahora bien (y volviendo al *Prólogo*), por considerar Jiménez de Quesada que lo que se decía injustamente de España en esta historia que circulaba en lengua latina, sería fácilmente refutado por cualquier lector culto, no se preocupó por entonces de formularle una réplica. Fue en los años de 1562-1563 cuando empezó a divulgarse en la Península la primera traducción española de la *Historia general* de Paulo Jovio hecha por el licenciado don Gaspar de Baeza (8); en el mismo año de 1562 apareció también la traducción al español del médico valenciano Antonio Juan Villafranca (9). Ya en el año de 1566 circuló la segunda edición de Gaspar de Baeza (10). No he logrado establecer cuál de estas dos traducciones de Baeza fue la que leyó Jiménez de Quesada, aunque es lo más probable que Jiménez de Quesada las hubiera conocido ambas.

En el año de 1566, apareció la *Real cédula* expedida por la corona española, autorizando la venta en las Indias de la traducción de la *Historia general* de Paulo Jovio, hecha por el licenciado Gaspar de Baeza (11). Jiménez de Quesada que conocía los designios de Jovio, debió de sentir una gran contrariedad al ver circular las dos ediciones, la de Baeza y la de Villafranca, no solamente sin cortapisas, sino autorizada la primera por una *Real cédula* (12). Ahora bien, Villafranca era médico y Baeza abogado de la real cancellería española que ejercía en la corte. Es indudable que esta última circunstancia aumentó la extrañeza de Jiménez de Quesada, al conocer las traducciones y la *Cédula real*. Aun cuando él no alude a este último documento forzosamente tuvo que conocerlo, como representante que era del gobierno español en el Nuevo Reino de Granada. Y aun cuando no lo menciona, sí se advierte que lo toma en cuenta desde el principio del *Prólogo*, cuando observa que no es fácil ser censor de obras ajenas, y que no quiere realizar ese fácil trabajo, sino otro difícil y grande, cual es la defensa del honor de su país (13). Esta advertencia parece implicar que Jiménez de Quesada conocía que el monarca español y su abogado de la cancellería deban su apoyo a la circulación de la historia del obispo de Nochera, que en su concepto perjudicaba, y gravemente, la fama de su patria.

Como hombre de honor (14), quiso reparar el ultraje que recibía su nación al publicarse y divulgarse con autorización real la traducción de la obra de Paulo Jovio. Indudablemente la tarea era supremamente di-

fácil, porque no podía echársele en cara a la corona la falta que había cometido al autorizar la venta en las Indias de la traducción de Baeza. Ni tampoco podía arremeter contra la persona de Baeza quien como dije ocupaba el cargo de abogado de la cancillería real.

Sin embargo las dificultades antes señaladas fueron sorteadas por Jiménez de Quesada en la siguiente forma: callando respecto del monarca y de la *Real cédula*, ocupándose de don Gaspar de Baeza, no como abogado de la cancillería, sino como traductor ajeno a la materia de la polémica, y dirigiendo toda la controversia contra Jovio considerado como simple autor de una historia hecha con torcida intención en contra del pueblo y de la nación española (15), sin faltar nunca al respeto debido a su carácter eclesiástico.

Hoy es posible adivinar y también explicar, las situaciones encontradas del rey y del abogado de la real cancillería, por una parte, y la del mariscal del Nuevo Reino de Granada, por otra, con toda claridad: los dos primeros desde la cima de su poder mundial miraban la pequeñez de Jovio en Europa y consideraron la historia de este con suma imparcialidad. El último miraba desde un ángulo completamente diferente, el mundo americano, las cosas de otro modo y consideraba que la obra de un obispo de los más cultos de Italia (16) podría perjudicar injustamente la buena opinión de los pueblos respecto de la conducta observada por España en el Nuevo Mundo. Todos sabemos que el punto de vista de Jiménez de Quesada ha encontrado y seguirá encontrando con el correr de los tiempos su justificación, y que *El antijovio*, seguirá creciendo en admiración a medida que los años vayan transcurriendo y que los estudios hispánicos progresen. Pues esta obra bien se puede considerar como la primera refutación escrita en América, de la leyenda negra de España en Europa (17).

Ahora bien: ya en el *Prólogo* de *El antijovio* —motivo de este estudio— revela Jiménez de Quesada su gran habilidad y su profunda capacidad para la polémica literaria, y a la vez muestra la educación completa que recibió en su juventud. Comienza con el licenciado Gaspar de Baeza, enfocando su aspecto más débil, para dirigir contra él su ataque. No pudiendo menos de alabarlo como abogado de la cancillería, lo considera solamente como traductor y declara que la obra de Baeza, como traducción, es una de las mejores que ha visto en su vida por la propiedad del lenguaje empleado y por la fidelidad del texto latino (18). Sin embargo, lo que más se debe tener en cuenta, como punto importante de referencia, es que Jiménez de Quesada era experto traductor del latín (19) y de otros idiomas (20), según se deduce de las siguientes palabras del *Prólogo* que estudio:

“[...] Y como experimentado hablo, que me acuerdo que di vna vez en querer traduzir vn libro que me dio en el gusto de su lenguaje (y no hera el latino, que no creo que allegara a tanto mi lança, sino otro) [...]” (21).

Y según estas otras, del mismo *Prólogo*:

“[...] ninguna [traducción] del latín ni de otra lengua querría ber, si posible fuese, en nuestro rromance; y esto no solo por lo que algunos

dizen y escriben, qu'es humilde cosa el traduzir y por otras dificultades que ponen, sino por muchas causas bastantes que a mi parecer lo son y ay para ello, como es que ninguna manera, ya que pueda alguno arribar a trasladar el autoridad y la propiedad, no puede y es ymposible trasladarse la dulçura y elegança de aquella lengua ni aquellos conceptos (llamémoslos así) de su original auctor [...]" (22).

Como conocedor del oficio y de la misión del traductor, Gonzalo Jiménez de Quesada, comienza por afirmar que la traducción siempre es inferior al original, como lo dice expresamente en las siguientes palabras ya citadas arriba "[...] *es ymposible trasladarse la dulçura y elegança de aquella lengua ni aquellos conceptos (llamémoslos así) de su original auctor [...]*", lo cual se corrobora aún más con estas otras: "*Pero sobre todo por lo que yo desamo estas traduções (saco las del griego y hebráyco al latín o al contrario por la eçelencia de aquellas lenguas no bulgares), es porque se acortan mucho los yngenios y haviéndolos tan prósperos en nuestra España hazémoslos muy lazerados y queda hecha la tal avilidad vn rrico abariento; porque el trasladar (mire en esto el que traslada y hallarlo a así), entorpeçe el entendimiento para otras más altas, y está como a sido, y queda bozal para, salido de aquello, saberse desenbolber a otras cosas de más tomo [...]*" (23).

Este parecer concuerda con el de Cervantes:

"[...] *me parece —dice don Quijote— que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se veen con la lisura y tex de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio, ni elocución, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel [...]*" (24).

Así, pues, para el uno y el otro, o sea para Jiménez de Quesada y para Cervantes las versiones del latín al romance son siempre inferiores al original.

A primera vista parece que ninguno de los dos tuviera razón, ya que se han visto traducciones del latín al español que superan al original, como sucede con algunas *Odas* de fray Luis de León, respecto de las correspondientes de Horacio (25) o con las traducciones del *Cantar de los Cantares* y de *El libro de Job* del mismo fray Luis (26). Y un caso aún más elocuente que el de fray Luis como traductor es el de Herrera, "*el cual a la vez que perpetúa en sus canciones muchos temas y pensamientos de Salomón, del Exodo y de Isaías, sabe asimilar al materno idioma, con perfección no igualada, las imágenes y las ideas poéticas de sus modelos bíblicos y de las fuentes de su inspiración*" (27).

Presumiblemente la posibilidad de casos como estos no se ocultó a Cervantes ni a Jiménez de Quesada. Pero es indudable que ellos sabían que para llegar a tales resultados se necesitan más que traductores, imitadores geniales, y tanto el uno como el otro se refieren a traductores inteligentes y educados, y no a imitadores geniales. En este sentido, las palabras de Jiménez de Quesada sobre la imposibilidad en que está un traductor como don Gaspar de Baeza de trasladar los conceptos origina-

les del autor, significan que el licenciado Baeza no tuvo la suficiente agudeza para llegar a desentrañar el fondo maligno de la historia de Paulo Jovio. Estas son las palabras del fundador de Bogotá:

“[...] Rrecojámonos, digo, pues que si en esto del trasladar no fuere creydo, que a lo menos lo sea en que no se deben de traducir obras tan perjudiciales que nos ofendan, avnque falsamente, como lo hizo Paulo Jovio, dond'este hombre tuvo por principal yntento dezir mal de nuestra nación tan contra rrazón y, lo que peor es, tan contra la verdad de la historia; la qual (téngolo así por çierto) escribió y se metió en offiçio ageno (avnque después le fue propio suyo) solamente por dezir mal d'españoles, y esta yntençión encúbrela; y descúbrela quando bee la suya y es menester grande adbertençia para entendérsela; y yo que le conoçí quíçá más qu'el doctor Villafranca que fue el segundo traductor, ni qu'el liçençiado Vaeça dende que bide su obra escura en la luz del molde, entendí su fin y a qué tiraba el dezir a rratos bien de nuestro príncipe (y avn de nosotros otras beçes) para poder luego, como buen maestro, derramar la ponçoña [...]” (28).

Jiménez de Quesada procediendo así, inicia magistralmente la polémica. Forma también parte de esta iniciación el juicio sobre el fin principal que se propuso el licenciado Baeza al traducir a Paulo Jovio que, según Jiménez de Quesada, no se sabe, ni se puede alcanzar a saber cual sea. Fines secundarios los puede haber. Jiménez de Quesada no los nombra, pero los deja entre líneas (29). Sin embargo, se impone aquí aclarar estos conceptos. El autor de *El Antijovio* sabía y comprendía que el fin de Paulo Jovio era desacreditar a los españoles (30) y no podía admitir que los traductores del obispo de Nochera hubieran querido servir a las malignas intenciones del original. Por eso dice que ni el licenciado Baeza ni el médico Villafranca habían entendido el fin que se proponía en su historia Paulo Jovio (31). Y lo explica todo diciendo que los traductores ejercen un oficio que acorta el ingenio y “entorpeçe el entendimiento para otras cosas más altas” (32).

Ahora bien: solo en los tiempos presentes se puede comprender la actitud del licenciado Baeza, explicable por estar en Europa; y que no podía entender el conquistador del Nuevo Reino de Granada, desde América. Era lo siguiente: España se había expandido entre las naciones de Europa, que acaudillaban la cultura mundial, y colocaba el progreso de la cultura humana por encima de las conveniencias nacionales (33). Es, pues indudable que el abogado de la real cancellería, que formaba parte de la sociedad que presidía la cultura mundial (34), atendía al progreso de la cultura universal, como a cosa más importante que los intereses de los colonos americanos y, por consiguiente, estaba dispuesto a pensar mejor de Jovio, brillante escritor italiano (35).

Todos los grandes de España comenzaban a darse cuenta de que el desarrollo de la lengua española había llegado a tal punto, que podía competir con las lenguas sabias de la antigüedad superándolas en muchos aspectos (36). Así, por ejemplo, a principios del siglo de oro, Antonio de Nebrija pudo escribir en su *Gramática castellana* de 1492 “estar ya nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento della que esperar la subida” (37). Y mucho más tarde, hacia mediados

del siglo XVII, podía sostener con razón el historiador fray Jerónimo de San José Esguerra de Rozas: "Nuestra España, tenida un tiempo por grosera y bárbara en el lenguaje, viene hoy a esceder a toda la más florida cultura de los Griegos y Latinos. Y aun anda tan por los extremos, que casi escede aora por sobra lo que antes se notaba por falta [...]. Ha subido su hablar tan de punto el artificio que no le alcanzan ya las comunes leyes del bien decir, y cada día se las inventa nuevas el arte [...]. Y es cosa considerable que la extrañeza o extravagancia del estilo, que antes era achaque de los raros y estudiosos, hoy lo sea, no ya tanto de ellos, cuanto de la multitud casi popular, y vulgo ignorante: que tal debe llamarse la muchedumbre de los que afectan de esta manera de hablar y escribir [...]. La elegancia de Garcilaso, que ayer se tuvo por osadía poética, hoy es prosa vulgar: como también nuestra más subida poesía será mañana (si el uso así lo admite) prosa del vulgo [...]. En España más que en otra nación, parece que andan a la par el traje y el lenguaje, tan inconstante y mudable el uno como el otro" (38).

De acuerdo con modernos conceptos, "[...] el traductor, en cuanto interpreta, es un ser neutral por definición, sin embargo, su actitud específica y auténtica no tiene nada que ver con la neutralidad. En cuanto es un trasmisor de cultura, su obra señala un momento, una ola, un episodio, una dirección del eterno movimiento expansionista de la cultura humana. Considerada como síntoma de una tendencia genérica del subjetivismo lingüístico hacia lo universal, la traducción puede resultar un acto de imperialismo, así lo entiende por ejemplo Vossler. Cuando las lenguas románicas unas tras otras llegaron a la conciencia de poder expresar valores universales, manifestaron esta conciencia con la famosa contienda renacentista: italianos, españoles, franceses a porfía se llamaron los verdaderos herederos de la universalidad del pensamiento expresado por la latinidad [...]" (39). Así es que bien se puede considerar como expansionista la traducción que se hace en provecho de la cultura que lleva consigo la lengua traducida, ya que a menudo tiene una destacada intención propagandística (40). De ahí que la labor de traducción de obras históricas fuera bastante considerable en España durante los siglos XVI y XVII, con preferencia de la de clásicos griegos y latinos (41).

Estos conceptos nos permiten comprender bien el empeño, que desde entonces se inició en la Península de servirse de la fama que da la cultura, aprovechándola para una alta finalidad: la de la propaganda cultural nacional. Y hasta se puede afirmar hoy en día que esta fue la cuna de la propaganda en grande del mundo cultural moderno (42).

Pero, en cambio, Gonzalo Jiménez de Quesada, que vivía en América, pensaba muy acertadamente que los ataques del historiador italiano a su nación eran perjudiciales para ella, porque conocía, como hombre de armas y letras, el poder de la palabra en general. Sin embargo, residiendo aquí no conoció a fondo, como don Gaspar de Baeza, la finalidad de España, que no era otra distinta a la de hacer la propaganda de su cultura, y mostrar así el alto poder a que había llegado la lengua española para imponerla; pero sí se dio cuenta de que Paulo Jovio, traducido al español, circularía profusamente haciendo una anti-propaganda a la cultura de España en el mundo y provocando un descrédito injusto del valor no des-

mentido de sus ejércitos. Jiménez de Quesada debió de sentirse doblemente atacado por Jovio: como soldado y como letrado (43), y como no supo de los fines de la gran propaganda cultural, no acertó a pensar del licenciado Baeza sino lo que dijo, que traducía sin imponerse un fin importante, y que acertaba su ingenio haciendo el oficio de traductor.

De lo anterior se infiere que Jiménez de Quesada tuvo un punto de vista crítico muy perspicaz, en cuanto consideró que la tolerancia de escritos desfavorables a su país, ejercida en beneficio de la propaganda cultural nacional tenía el inconveniente de ocasionar juicios erróneos, de obrar en contra de la cultura española y de originar también una anti-propaganda. Y los hechos han demostrado con el transcurso del tiempo que sucedió lo que había previsto Jiménez de Quesada.

Desde un principio he señalado el carácter polémico que se advierte en el *Prólogo* de *El Antijovio*. Este carácter polémico revela un rasgo muy español del fundador de Bogotá: el ser combativo (44). Pero en donde comienza a manifestarse este rasgo en forma protuberante es allí donde habla de “[...] rreprobación de traduções [...]” (45) y añade que desde tiempo atrás ha observado que la mayor parte de los escritores de España se ocupan en hacer recopilaciones y traducciones, y que son muy pocos los que se han dedicado a desarrollar originalmente temas bien escogidos. Dice también que ha pensado hacer un catálogo de estos escritores capaces de ilustrar la literatura española (46), lo que equivale a afirmar que dichos escritores no son muy numerosos. Todo esto, sin embargo, se encamina a combatir a Baeza y a Villafranca. La prueba está en el siguiente párrafo, que revela al hombre de gran capacidad combativa.

“De manera (que a este propósito lo digo), que si se me preguntase cuál es más d’estimar: el tiempo pasado donde los españoles no escrebían nada, o este, rresponderé según mi parecer, y hablo en general y no en particular, que tengo por más dichoso aquel siglo donde no se escrebía cosa, qu’este donde se escribe mucho. Porque en fin, con callar podían leer y aprobecharse de buenos libros y agora ablando alliende de no haçer casi nada damos causa a que se rrían de nosotros las otras nações. Rrecojámonos, digo, pues que si en esto del trasladar no fuere creydo, que a lo menos lo sea en que no se deben de traducir obras tan perjudiciales que nos ofendan, avnque falsamente, como lo hizo Paulo Jovio, dond’este hombre tuvo por prinçipal yntento dezir mal de nuestra nação tan contra rrazón y, lo que peor es, tan contra la verdad de la historia; la qual (tén-golo así por çierto) escribió y se metió en offiçio ageno (avnque después le fue propio suyo) solamente por deçir mal d’españoles, y esta ynten-çión encúbrela; y descúbrela quando bee la suya y es menester grande advertençia para entendérsela; y yo que le conoçí quicá más qu’el doctor Villafranca que fue el segundo traductor, ni qu’el liçençiado Vaeça dende que bide su obra escura en la luz del molde, entendí su fin y a que tiraba el deçir a rratos bien de nuestro prinçipe (y avn de nosotros otras beçes) para poder luego, como buen maestro, derramar la ponçoña. Y como he dicho yo me pasaba mi congoja, avnque lo beya en dos lenguas, como no fuese en la mía [...]” (47).

Parece que al escribir este párrafo Jiménez de Quesada no hubiera advertido que el traductor trabaja siempre en favor de la lengua a la

cual traduce (48); pero no se debe entender ni interpretar así, por cuanto que el párrafo está encaminado a atacar a Baeza y a Villafranca, no como traductores, en general, sino como malos traductores que no pusieron de patente a sus lectores el veneno que destilaba el autor traducido contra España.

Conviene poner de presente que algunos tratadistas contemporáneos se han ocupado en lo que se denomina los límites de la traducción. Y cabe muy bien recordar aquí también las palabras a este respecto de Benvenuto Terracini, quien al discurrir sobre este problema escribe:

“[...] límites propiamente dichos no los tiene, [la traducción] porque nuestro traductor, ya que es dueño por definición de dos lenguas, domina también dos civilizaciones, por alejadas que estén para los demás mortales... Los idilios de Teócrito vertidos al castellano por el Obispo Ignacio Monte de Oca proporcionarían a Miguel A. Caro materia bastante para trazar un cuadro de las condiciones de las bellas letras en Méjico a mediados del siglo pasado; algo parecido se hizo a menudo, y puede hacerse ventajosamente para cualquier literatura [...]” (49).

Aplicadas estas palabras a Baeza y a Villafranca, se concluye que estos traductores no dominaron las civilizaciones italiana y española de modo tan completo como Jiménez de Quesada, quien a pesar de residir en América se dio cuenta del pesar que producía a los hombres de Italia el ver superadas las hazañas de sus soldados por las de los españoles (50) y el renacimiento de sus letras por el de las españolas (51).

También se advierte en la parte del *Prólogo* que aquí estudio, que Jiménez de Quesada al escribir su *Antijovio* se propuso superar al obispo de Nochera, y demostrar que su conocimiento de las civilizaciones italiana y española le permitiría presentar una obra de gran importancia histórica y cultural, ajustada a la verdad, y más digna de circular entre los pueblos de habla española, que las traducciones de Jovio. En otras palabras, que el adelantado del Nuevo Reino de Granada quiso y logró hacer una obra que ofrece material suficiente para que un buen escritor y crítico, pueda trazar mediante ella el cuadro de la civilización española en el tiempo en que fue escrita al modo como Miguel Antonio Caro trazó el cuadro de la civilización mexicana en los tiempos de Montes de Oca.

Jiménez de Quesada declara que su obra no es traducción de otra, sino “[...] *vna cosa que, no bien acabada ni avn, lo que más es, no trasladada, sino así en cueros, rrebuelta en su original, sale como desbergonçada por hese mundo* [...]” (52), es decir, es hija de su espíritu franco, que anduvo una y otra vez por todos los rincones del original y de las traducciones de la obra de Jovio. En el mismo párrafo del *Prólogo* se refiere a Horacio en estos términos:

“[...] dixo el otro auctor (con toda su eçelencia) escribiendo sobr’ esta propia materia del escrebir, que después de acabadas las obras se debrían d’estar durmiendo algunos años antes de publicallas, porque así frescas con el calor y ardor de la ynvençión no se podían ber las faltas d’ellos hasta después de mucho tiempo [...]” (53).

Y se refiere concretamente al *Anticatón* de César (54). El mariscal del Nuevo Reino de Granada debió de haber leído a estos autores en sus años de juventud, es decir, cuando estudiaba su carrera de abogado en la Península (55).

Es curioso e interesante y, por consiguiente, debe hacerse resaltar, que en el mismo párrafo que estudio, y siguiendo el conquistador y fundador de Bogotá el ejemplo de César haga un elogio de la ciencia y de la eminencia de Jovio, a quien combate; se refiere a la cultura del prelado de Nochera en los siguientes términos:

"[...] no quiero con el [Paulo Jovio] otra competencia, sino que conozco yngenuamente la parte tan grande que en mucha multitud de ciencias este señalado barón ha alcanzado y qu'es digno que su nombre sea celebrado entre las personas doctísimas de nuestra hedad perpetuamente [...]" (56).

Y luego fija claramente Jiménez de Quesada el propósito fundamental del obispo de Nochera:

"[...] que no pretende [mi obra] otra cosa sino que se sepa la verdad, la qual de tal manera falta en las *Historias* jobianas quanto puede ser, pues hablan de nuestros tiempos, los d'él lo pueden hauer bisto, y para qu'esto entendiese el mundo benidero, me fue necesario (ya que otros que lo pudieron hazer mejor no lo hacían), tomar yo la mano [...] pero que en ninguna manera (quitado aparte el desear que se sepa la verdad y quitar los oprobios de que quiso cargar a mis españoles [...])" (57).

En otras palabras, muestra el conquistador y letrado que él sí se percató cabalmente del fin exclusivo que se propuso Jovio, que fue desacreditar y llenar de oprobio a la nación española, pasando por encima de la verdad. Al propio tiempo manifiesta también su inmenso deseo de borrar el oprobio con que quiso cubrir a los españoles el obispo e historiador italiano, restableciendo el imperio de la verdad.

Ya para finalizar el *Prólogo*, declara Jiménez de Quesada que no puede extenderse a otros campos que le permitan hacer un despliegue de sus conocimientos literarios, por estar costreñido a la exposición de Jovio. Lo que equivale a decir, que no le faltaban profundos conocimientos históricos y gran versación en las humanidades, elementos con los cuales hubiera podido realizar una obra de creación personal. Se confirma este aserto con las siguientes palabras de Manuel Ballesteros Gaibrois:

"[...] Jiménez de Quesada, pues, se precia en términos generales de ser hombre leído y quiere infundir en sus lectores la confianza de que lo que dice se halla cimentado en amplias lecturas. No desaprovecha momento para hacerlo presente y en el capítulo XLV, fol. 333 v., al hablar del hijo del duque de Orleans, lo demuestra: '[...] hijo de Ludovico, duque de Verliens, que mató al duque de Borgoña a puñaladas (negocio ya muy sabido en las historias francesas)'. En ocasiones no solo pretende mostrar que se guía por autoridades, sino que inyecta en el lector nueva confianza de que se halla ante un escritor ducho en conocimientos históricos [...]" (58).

En resumen: Gonzalo Jiménez de Quesada es ante todo la verdadera conciencia seria y clara de un definido carácter nacionalista. Con su nombre se abre en nuestra literatura realmente la historia, vale decir, la interpretación de los hechos entendida como juicio recto, encaminada a la ordenación histórica que determina el valor de esos hechos. España mantiene en *El Antijovio* de Jiménez de Quesada su orgullo tradicional, y por eso el conquistador y fundador de Bogotá contempla con indignación la falta de veracidad en la narración de los hechos referentes a la nación española que expone la historia de Paulo Jovio. Y atento solamente a la verdad histórica el viejo mariscal del Nuevo Reino de Granada empieza a exaltar en el *Prólogo*, con magistral fuerza polémica y con verdadera grandeza de espíritu el valor y las glorias de España, sin hacer uso de armas distintas a aquellas que le eran estrictamente necesarias para demostrar la falsedad de los juicios de Jovio desfavorables a los españoles.

En el *Prólogo* al *Antijovio* supo Gonzalo Jiménez de Quesada —debo decir para terminar— fijar su agudo sentido de polemista, advirtiendo desde un principio las grandes fallas de la obra del historiador italiano. Por eso es *El Antijovio* fiel espejo del elevado carácter moral de su autor, que hoy en día empieza a inspirar sincera y viva simpatía a los estudiosos de nuestra literatura colonial, que sabrán extraer de su obra el fondo inmenso de sus doctrinas, ya que el estudio atento y detenido de esta obra nos lleva a concluir que Jiménez de Quesada fue no solamente el intrépido conquistador del Nuevo Reino de Granada sino que constituye el punto de partida en el género polémico y en la historia, en nuestra patria.

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

- (1) Cf.: Jiménez de Quesada, Gonzalo, *El Antijovio*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo 1952, págs. 7-13.
- (2) Véase: Rivas Sacconi, José Manuel, *El latín en Colombia*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1949, págs. 1-88 y Gómez Restrepo, Antonio, *Historia de la literatura colombiana*, Tom. I, Bogotá, Imp. Nacional 1945, pág. 16.
- (3) Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 7.
- (4) Ibid. *Ibid.*, pág. 7.
- (5) Cf.: *Enciclopedia italiana*, Tom. XVIII, Edizioni Istitvto G. Treccani 1933-1939, pág. 278.
- (6) Cf.: Friede, Juan, *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá (1536-1539)*, Publicación del Banco de la República, Bogotá 1960 y Otero D'Costa, Enrique, *Gonzalo Ximénez de Quesada*, Bogotá, Edit. de Cromos, (S. A.).
- (7) Ibid. *Ibid.*
- (8) Véase: *Historia general de todas las cosas succedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiêpo: en la cual se escrueen particularmente todas las victorias y sucesos que el inuictissimo Emperador Don Carlos Uno, dende que començo a reynar en España hasta que prendió al Duque de Saxonia, escrita en lengua latina por el doctissimo Paulo Iovio, Obispo de Nochera, traduzida de latín en castellano por el Licenciado Gaspar de Baeça*. Salamanca, Andrea de Portonaris, 1562-63 (2 vols. in-fol.). Cit. por Ballesteros Gaibrois, Manuel, en *Estudio preliminar en El Antijovio*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo 1952, pág. XVIII, nota 3.
- (9) *Libro de las historias, y cosas acontescidas en Alemaña, España, Francia, Italia, Flandes, Inglaterra, Reyno de Artois, Dacia, Grecia, Sclanonia, Egypto, Polonia, Turquía, India, y mundo nuevo, y en otros reinos y señoríos: comenzando del tiempo del Papa León y de la venida de... Carlos quinto en España, hasta su muerte. Compuesto por Paulo Iovio, Obispo de Nochera, en latín y traduzido en romance castellano*

por Antonio Ioan Villafranca, médico valenciano: y por el mismo añadido lo que faltaba en Iovio hasta la muerte del invictísimo Emperador Carlos quinto... Valencia, Ioan Mey, 1562 (10 hs. XCCLX fols. Texto a dos col. Letra gótica) Cit. por Ballesteros Gaibrois, Manuel, en *Estudio cit.*, pág. XVIII, nota 3.

- (10) [Primera] y Segunda parte de la historia general de todas las cosas sucedidas en el mundo en estos cincuenta años de nuestro tiempo. En que se escriuen particularmente las victorias del invictísimo Emperador Don Carlos... por Paulo Jovio, Obispo de cera, traducido de latín en Castellano por el Licenciado Gaspar de Baeça. Granada, Antonio de Librixa, 1566 (2 tomos, 1 vol. in-fol.). Cit. por Ballesteros Gaibrois, Manuel, *Estudio, cit.* Pág. XVIII, nota 3.
- (11) Cf.: Caro Molina, Fernando, *La difusión del libro y la cultura española en la América Hispana, y El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada*, en *Studium*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, Bogotá, I. (Núm. 1 enero-abril 1957), págs. 95-104. Allí destaco el valor de la Real Cédula por la cual se autoriza la venta en las Indias Occidentales de la traducción de la *Historia* de Jovio hecha por Baeza. También demuestro allí la gran amplitud y la no desmentida libertad que existía para la divulgación del libro, no solamente dentro de la Península Ibérica, sino también en el Nuevo Mundo.
- (12) Cf.: Medina, José Toribio, *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*, (obra póstuma), Santiago de Chile, Fondo histórico bibliográfico José Toribio Medina, 1952, pág. 41. En esta obra se reprodujo por primera vez la *Real Cédula*.
- (13) Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 7.
- (14) Cf.: Vossler, Carlos, *Introducción a la literatura española del siglo de oro*, Buenos Aires, Edit. Espasa-Calpe 1945, págs. 95-96.
- (15) Véase: Ballesteros Gaibrois, Manuel, *Estudio cit.*, págs. XXII, XXV, XLII-L.
- (16) Refiriéndose a la cultura de Paulo Jovio escribe Jiménez de Quesada lo siguiente: "[...] Tubo este principal barón de nuestro tiempo eçelente discurso, fue admirable geógrafo quando le conbino sello en corónica; fue grande ynquiridor de sitios antiguos; dispuso las materias que se le ofreçieron con mucha claridad y hizo en su ystoria todas las otras cosas que conbenía hazer. Pero fue todo esto en vn barón tan escogido, como quando en algunos se hallan algunas birtudes muy perfectas con vn biçio muy abominable, con que quedan las otras buenas partes destruydas y nos queda sienpre de las semejantes personas vna manzilla, en quien alcançaua tanta grandeza de buenas cosas. Así nuestro Jobio alcançando muchas y muy eçelentes, quiso caher en vn biçio con que mucha parte de su *Historia* queda por el suelo... Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 28. Véase también las siguientes obras que tratan sobre la vida y cultura de Paulo Jovio: *Tiraboschi, in appendice alla st. d. lett. ital.* (frammenti di scritti inediti del G.); G. B. Giovio, *Elogio di mons. P. G. il seniore*, in *Elogi italini* di A. Rubbi, VIII, Venezia 1783, págs. I-124; L. V. Ranke, *Gesch. d. rom. u. germ völker von 1494 bis 1514*, 3ª ed., Lipsia 1885, págs. 70-78; M. Lupo-Gentile, *Studi sulla storiogr. fior alla corte di Cosimo I'dé Medici* in *Atti della R. sc. norm. di Pisa*, XIX (1906), págs. 47-60; A. Morel Fatio, *Historiograph. d. Charles V*, Parigi 1913, págs. 121-122.
- (17) Cf.: Caro Molina, Fernando, *Est. cit.*, págs. 96-97.
- (18) "[...] bide dos traslaciones juntas; pero ciertamente la que bi más de propósito, que es la del liçençiado Gaspar de Baeça, es vna de las buenas cosas que d'este yntento a mi juiçio he bisto en mi bida; porque aliende de que el traductor guardó bien el decoro, husó de limpios vocablos y muy significativos a lo moderno de lo que quería dezir, y la berdad del latín muy castamente puesta en el castellano [...]". Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, págs. 7-8.
- (19) Se comprueba este aserto si se toman en cuenta las palabras de Jiménez de Quesada cuando afirma: "[...] la [traducción del latín al castellano de Jovio] que bi más de propósito, que es la del liçençiado Gaspar de Baeça, es vna de las buenas cosas que d'este yntento a mi juiçio he bisto en mi bida [...]". Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 7.
- (20) Cf.: Torres Quintero, Rafael, *Bibliografía de Jiménez de Quesada*, en *El Antijovio*, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1952, pág. CXXXIX, quien presume basado en las propias palabras del Mariscal del Nuevo Reino de Granada que la traducción de que habla este en el fol. IV v. sin numerar, pág. 9 de *El Antijovio*, pudo ser del toscano.

- (21) Cf.: Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 9.
- (22) Cf.: Ibid. Ibid. *Ibid.*, pág. 8.
- (23) Ibid. Ibid. *Ibid.*, pág. 8.
- (24) Cit. por Terracini, Benvenuto, *Conflictos de lenguas y de cultura*, Buenos Aires, Compañía impresora argentina 1951, pág. 43.
- (25) Cf.: Horacio Flaco, Quinto, *Odas de Horacio traducidas por el maestro Fr. Luis de León*. Primera edición, Madrid. (s.a.). Biblioteca Universal. Tomo CLXXXIII. Véase además: Horacio Flaco, Quinto, *Odas escogidas*, traducción... con el texto latino al frente... anotada... D. Vicente Fontán y Mera, Cádiz 1859; Horacio Flaco, Quinto, *Sus obras con la declaración magistral en la lengua castellana* por el doctor Villen de Biedma... Granada 1959; Horacio Flaco, Quinto, *Poesías líricas*, por el P. Urbano Campos, Barcelona 1959; Horacio Flaco, Quinto, *Horacio fiel y delicadamente vuelto en lengua castellana* por D. Julio Cejador y Frauca, obra póstuma, Madrid 1928; Horacio Flaco, Quinto, *Odas*, traducidas e imitadas por ingenios españoles y coleccionadas por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Barcelona 1882.
- (26) "[...] Fray Luis de León, en quien cerebro y corazón estaban completamente empapados de espíritu bíblico y el cual no solo tradujo al castellano el *Cantar de los Cantares* y *El libro de Job* parafraseó en verso unos veinte salmos, sino que supo convertir un capítulo de los *Proverbios de Salomón* en un manual de noble femineidad y de sentimiento maternal y en los *Nombres de Cristo* explicó al pueblo el Jesús bíblico [...]". Pfandl, Ludwig, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, Sucesores de Juan Gili, S. A. 1933, pág. 28.
- (27) Pfandl, Ludwig, *Op. cit.*, pág. 28.
- (28) Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 11.
- (29) "[...] Y lo que más es que si se mira vien en ello, tampoco se puede alcançar vn fin prinçipal y no es fin (que no sé cómo me lo llame) que no le hallo bocablo propio, qu'el auctor de aquella cosa traducida pretendió en el argumento y palabras de su libro [...]". Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 8.
- (30) Cf.: Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, págs. 21-26.
- (31) Véase: nota 28.
- (32) Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, págs. 8-9.
- (33) ...Elevada por los Reyes Católicos al rango de gran potencia, España se lanza con Carlos V a regir los destinos de Europa. [...] La expectación del mundo civilizado estuvo pendiente de la irrupción española. Cada éxito militar añadía prestigio a las cualidades de nuestros mayores, reconocidas aun por dominados y enemigos. Fue una aleccionadora afirmación de dignidad y hombría que no solo ganaba tierras, sino que actuó sobre las costumbres, el concepto del honor, la literatura y el lenguaje. En Italia la influencia hispánica, que irradiaba desde Nápoles y Milán, tuvo extraordinaria intensidad. El valor caballeresco, la sutileza de ingenio, la agilidad en el trato y la majestuosa gravedad de los españoles encarnaba el arquetipo social del Renacimiento, la perfecta cortesanía. Ceremonias y fiestas españolas arraigaban en las fastuosas cortes italianas. En Francia, tras una connotante infiltración a lo largo del siglo XVI, el reinado de Luis XIII y la minoridad de Luis XIV señala el momento de más profunda hispanización [...]. La lengua española alcanzó entonces extraordinaria difusión. En Italia, según Valdés, 'assi entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano'. Otro tanto ocurría en Francia. En Flandes, incluso en los días en que el luteranismo y el deseo de independencia atizaban la rebelión, eran muchos los que aprendían nuestra lengua 'por la necesidad que tienen della, ansí para las cosas públicas como para la contratación'. Arias Montano, a quien pertenece la frase transcrita, proyectaba con el duque de Alba, en 1570 la fundación de estudios de español en Lovaina, a fin de que la familiaridad con el idioma coadyuvase a la unificación espiritual. En la Inglaterra de Isabel y Jacobo I la rivalidad servía de acicate para fomentar el interés hacia el temible enemigo. Respondiendo a la apetencia general fueron muchos los diccionarios y gramáticas españolas que aparecieron en el extranjero durante los siglos XVI y XVII [...]. Lapesa, Rafael, *Historia de la lengua española*, Madrid, Edit. Escelicer 1950, págs. 193-195.
- (34) Vossler, Carlos, *Op. cit.*, págs. 14-15.
- (35) "[...] Si debemos atenernos al juicio de los contemporáneos, —escribe Francisco de Sanctis— el siglo está lleno de hombres extraordinarios. Francisco Arcigli en su

elegía *De poëtis urbanis* nos da la lista de cien poetas latinos solo de la Corte de León X, y el mismo Ariosto celebra nombres hoy olvidados. Bernardo Tasso, Rucellai, Alamanni, Giovio, Scaligero, Muzio, Doni, Dolce, Franco y un sinnúmero más a quienes hoy nadie lee y fueron considerados verdaderas cumbres. Sin embargo, en la mayoría y hasta en los más mediocres estaba viva la fe en su arte y vivo el anhelo de llegar a la perfección. Venal era Giovio, y obsequioso cortesano Bernardo Tasso; pero, cuando tomaban la pluma, había algo en sus almas que los ennoblecía, y era el propósito de llegar a ser perfectos, era el tomar en serio su profesión [...]". *Historia de la literatura italiana*, Buenos Aires, Edit. Américalee 1944, pág. 326. Consúltese también: Capuccio, Carmelo, *Storia della letteratura Italiana*, Firenze, Tip. G. Civelli 1952, pág. 227.

- (36) Cf.: Lapesa, Rafael, *Op. cit.*, págs. 203-206.
- (37) Cit. por Vossler, Carlos en su *Op. cit.*, págs. 17-18. Vossler agrega además que "[...] de lo que todavía carecía como instrumento este idioma nacional, era de un cultivo atento por parte de los hombres de ciencia. Le faltaba lo que ya en aquella época poseía el italiano, el cuidado filológico y, por ello, la precisión, ductilidad, exactitud y gradación de la expresión, de acuerdo con la formación, la clase social, la ocasión y la peculiaridad del que hablaba y del que escuchaba, del escritor y del lector".
- (38) Transcrito de Vossler, Carlos, *Op. cit.*, págs. 19-20.
- (39) Terracini, Benvenuto, *Op. cit.*, págs. 63-64.
- (40) Ibid. Ibid. *Ibid.*, pág. 65.
- (41) Cf.: Sánchez, Alonso B., *La literatura histórica en el siglo XVI*, en *Historia general de las literaturas hispánicas*, tomo III, Barcelona, Edit. Barna 1953, pág. 319.
- (42) Cf.: Terracini, Benvenuto, *Op. cit.*, pág. 68.
- (43) Véase: Ballesteros Gaibrois, Manuel, *Estudio, cit.*, págs. LXII-LXXIV.
- (44) Cf.: Blanco-Fombona, Rufino en su obra *El conquistador español del siglo XVI*, Madrid, Edit. Mediterráneo 1956, págs. 33-34, observa que "a través de toda la historia española persiste el rasgo combativo como carácter fundamental [...]".
- (45) Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 10.
- (46) Ibid. Ibid. *Ibid.*, pág. 10.
- (47) Ibid. Ibid. *Ibid.*, págs. 10-11.
- (48) Cf.: Terracini, Benvenuto, *Op. cit.*, pág. 66.
- (49) Ibid. Ibid. *Ibid.*, págs. 66-67.
- (50) Véase: Escobar López, Ignacio, *La leyenda blanca*, ediciones cultura hispánica 1953, págs. 69-83.
- (51) Véanse: Berence, Fred, *El renacimiento italiano*, traducción por P. del Río Cossa, Madrid 1958, ediciones y publicaciones Sáez; Basave, Agustín, *Renacentistas italianos*, México, Edit. Patria 1953; Toffanin, Giuseppe, *El hombre antiguo en el pensamiento del renacimiento*, Montejurra, E. C. E. S. A. 1960; Castro Calvo, José María, *Valores universales de la literatura española*, Barcelona, Edit. Sayma 1961; Moreno Báez, Enrique, *Nosotros y nuestros clásicos*, Madrid, Edit. Gredos 1961; Alonso, Dámaso, *Del siglo de oro a este siglo de siglas*, Madrid, Edit. Gredos 1962; Díaz Plaja, Guillermo, *Hacia un concepto de la literatura española*, Madrid, Edit. Espasa-Calpe. Colección Austral. Vol. 297; Sáinz Rodríguez, Pedro, *Evolución de las ideas sobre la decadencia española y otros estudios de crítica literaria*, Madrid, Edit. Rialp 1962; Muñoz Cortés, Manuel, *El valor humano de la literatura española*, Murcia, Edit. Suc. de Nogués 1958.
- (52) Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 12.
- (53) Ibid. Ibid. *Ibid.*, pág. 12.
- (54) ...cómo escribió el primer César su *Anticatón* contra Catón... Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 13.
- (55) Véase: Rivas Sacconi, José Manuel, *El latín en Colombia*, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo 1949, págs. 1-8.
- (56) Jiménez de Quesada, Gonzalo, *Op. cit.*, pág. 13.
- (57) Ibid. Ibid. *Ibid.*, págs. 12-13.
- (58) Cf.: Ballesteros Gaibrois, Manuel, *Estudio cit.*, pág. LXV.